

A mi amigo Nikolenka.

Por darme a conocer su *Infancia. Adolescencia. Juventud.*

¿Qué se puede añadir sobre Guerra y Paz que no se haya escrito ya sin que suene repetitivo o incluso (perdonen la contundencia) a plagio? Seguro que todo lo que pueda pretender aportar aquí, si a continuación lo copio y pego en un buscador de internet, comprobaremos que ya lo ha escrito alguien.

Y no solo porque alguien se me haya adelantado, sino porque sin darme cuenta es posible que intente adueñarme inintencionadamente de reflexiones ya leídas a ilustres lectores que han ido germinando en mi mente al haberme sentido identificado con ellas.

Así que, fiel a mi línea, diré que esto no es una reseña. Más bien son las vivencias que durante los tres meses de este año le he dedicado a Lev Tolstói.

El pasado día veintidós de septiembre del año de nuestro señor dos mil veintiuno tuve el honor de dirigir nuevamente un club de lectura en el Museo L'iber de los soldaditos de plomo. La novela en torno a la que nos volvimos a reunir en ese maravilloso edificio fue *Guerra y Paz*. Ciertamente es una novela extensa, muy extensa para abordar en un club de lectura. Podría decirse que se sale de los cánones establecidos (si los hay) para un club de lectura. Las más de mil seiscientas páginas que alcanza la obra son sin duda todo un reto.

Pero nada nos detiene en nuestro club. Así que, aprovechando el parón de actividades culturales veraniego, tuve a bien proponer esta mastodóntica obra a nuestros fieles contertulios.

Una vez celebrado el club de lectura siempre queda la sensación de que podría haber salido mejor, pero ciertamente creo que tanto el público asistente como los organizadores estuvimos a la altura.

Mi ejemplar de *Guerra y Paz* es la lujosa edición de Alba, traducida impecablemente por Joaquín Fernández-Valdés. Por lo menos a mí así me lo ha parecido. La edición consta de dos voluminosos tomos de unas ochocientas cuarenta páginas cada uno, y tiene un precio (la verdad sea dicha) nada asequible.

Pero ello no me impidió comprarla. Para este club decidí desde el primer momento ir con todo y a por todas. Fui tan a por todas que desde el comienzo me di cuenta de que me faltaba algo para realizar el ejercicio lector con plenas garantías. Y no porque no me enterara de lo que escribió —según Nabókov— “el sol de siglo de oro de la literatura rusa”, ni tampoco porque no estuviera disfrutando la lectura. El problema es

que mi ambición lectora no estaba siendo saciada, quería más. Necesitaba conectar más con los personajes y el momento. En definitiva, conectar más con la ambientación.

Así que puse a trabajar el intelecto, escuchando a lectores que ya habían pasado por la misma situación. Y tuve la fortuna de encontrar a uno que sin duda acertó. Por lo menos conmigo. La mejor novela para iniciarse con Tolstói no es *Anna Karenina*. La mejor novela (o libro) para iniciarse con Lev Tolstói es *Infancia. Adolescencia. Juventud*.

Esa novela con tintes autobiográficos iba a darme lo que me faltaba, o sea, ponerme en situación con la vida de aquellos protagonistas que desfilaban en ese brillante inicio de la novela; en la fiesta organizada por Ana Pavlovna.

Ahora ya tenía ciertas nociones de cómo había sido la vida de los protagonistas de esta maravillosa obra maestra. Así que retomé la lectura releendo la batalla de Austerlitz y algunos puntos que decidí (casi al azar) volver repasar. Acto seguido, devoré el segundo tomo.

Punto y aparte.

Tras finalizar la lectura según los planes previstos, es decir, unos diez días antes de la celebración del club de lectura, vino lo realmente complicado.

Me tomé los días de reposo siempre necesarios tras leer una gran obra y, cuando me puse a trabajar la sesión del club de lectura, vino el problema. Me encontré bloqueado, era incapaz de seleccionar nada digno de mención que sobresaliera sobre cualquier otro pasaje de la novela.

Había tanto, y todo con tanto peso e importancia, que me sentí incapaz de elegir. Así que no me quedó más remedio que echar mano de la improvisación, estando —eso sí— bien respaldado por un amplio repertorio.

No sé si a ustedes les sucederá lo mismo. Cuando leo un libro, a lo máximo que puedo aspirar tras la primera lectura, es a quedarme con la esencia de lo que estoy leyendo. Lo que nosotros leemos puede haber sido releído cientos de veces por su autor. Es decir, es imposible que nos impregnemos de la totalidad de lo que se nos cuenta o explica.

En *Guerra y Paz*, este aspecto se eleva casi hasta el infinito. Tras mi primera lectura, incluso habiendo quedado maravillado, sé que tan solo he acariciado lo que su autor ha querido plasmar.

Me es imposible aspirar a más en una obra escrita por una mente privilegiada releída por su autor en infinidad de ocasiones y revisada alrededor una decena de veces.

Y esto es casi todo.

El que quiera saber de la trama o tener nociones de los Bezújov, Bolkonsky, Rostov, Kuraguin, Drubestkoy, por un lado; o de los Napoleón, el Zar Alejandro, Kutúzov; o del Tolstói historiador y filósofo..., que no dude en sacarse un pasaje y se embarque en esta historia tan, tan, tan...

Ustedes sabrán disculparme, pero no encuentro el calificativo, por lo tanto prefiero dejarlo en blanco. Póngaselo ustedes una vez hayan leído *Guerra y Paz*.

Punto y aparte, casi final.

Si van a leer semejante novelón permítanme tan solo un consejo. Cuando terminen la primera parte del epílogo, dense unos días antes de tomar la lectura y terminar las cuarenta y nueve páginas restantes pertenecientes al segundo epílogo. Cuando escuché a Joaquín Fernández-Valdés recomendar esto mismo, me sentí henchido de orgullo por haber llegado a la misma conclusión que el brillante traductor de *Guerra y Paz* para la reciente edición de Alba Clásica Maior.

Toni Zarza